

UNA VIRGEN IMPRUDENTE

Ida Simons

1.

Desde pequeña acostumbraba a escuchar a mi padre decir casi a diario que sus prójimos habrían salido ganando si se hubiera hecho agente de pompas fúnebres, convencido como estaba de que, llegado ese caso, los habitantes de nuestro planeta hubiesen sido todos inmortales.

Era un shlemiel[1] y lo sabía; le gustaba burlarse de su condición de desgraciado contando chistes amargos. Entre semana, la sangre no solía llegar al río, pero cuando había días de asueto de por medio una simple referencia al asunto de las pompas fúnebres bastaba para desatar una encendida disputa. Los domingos y festivos mis padres se peleaban como el perro y el gato.

Aunque el resto del tiempo no se llevaban mal, los conflictos se acumulaban, puesto que a los judíos nos toca doble ración de fiestas. Por eso me sentía llamada a averiguar lo antes posible en qué fechas caerían las nuestras. En cuanto aprendí a leer, las buscaba incluso antes de que finalizara el mes de diciembre, nada más salir el nuevo calendario.

Muy a mi pesar, nuestras fiestas solían celebrarse justo antes o después de las del resto de la humanidad y pesaban sobre mi corazón como piedras: con mi padre cuatro días seguidos en casa era inevitable que salieran a relucir el tío Salomon y el capitán Frans Banning Cocq.

Con independencia de las causas y el desenlace de las desavenencias domésticas, siempre llegaba el momento en que mis padres se ponían de acuerdo en maldecir profundamente al tío Salomon y al afamado capitán.

Cuando los ánimos se caldeaban más de la cuenta, mi madre se iba con los abuelos y me llevaba consigo. Antes de conocer a los Mardell, afincados en mi ciudad natal, aquellos traslados no me atraían demasiado; después, la disputa semanal entre mi padre y mi madre se convirtió en un apasionante juego de azar. Si escalaba, sin visos de una pronta reconciliación, había premio: Amberes. Así y todo, era una lotería en la que escaseaban los billetes ganadores. La mayoría de las veces aquellos altercados no traían cola y solo me quedaba la esperanza de que al siguiente día festivo la suerte me acompañara.

Antes de caer víctima de aquella trágica e inexorable intromisión del tío Salomon y del capitán, mi padre había vivido unos años felices en Amberes. Hablaba de aquella época como de un paraíso perdido en el que no hacía otra cosa que montar a caballo, practicar la esgrima y asistir a la ópera, aunque debo precisar que esos gratos

recuerdos no se correspondían del todo con la realidad. De entrada, empleaba diez horas diarias en un trabajo para el cual no tenía vocación ni estaba dotado. Siempre quiso ser violinista, pero sus progenitores consideraban que la profesión de músico no era digna del hijo de una familia que ellos tenían por respetable y distinguida. No le dejaron elección: se dedicaría al comercio. Lo mandaron de aprendiz a la empresa de unos amigos. Allí nadie se percató de que era un negado para los negocios, o quizá ocultaran ese dato por cortesía hacia los padres. Nunca contó cómo había ido a parar a Amberes, pero sí confesó que había sido un flechazo, y que nada más pisar la ciudad decidió quedarse a vivir en ella. Por mucho que tomara parte en la amplia oferta de ocio, lamentablemente no dejaba de ser un chico serio y prudente que huía de los placeres frívolos, una negligencia que le costaría muy caro.

Comía todos los días con un joven compatriota en el único establecimiento cuyos platos se preparaban de acuerdo con el kashrut, los preceptos alimentarios judíos. El propietario sabía tan bien que ostentaba el monopolio de la comida kósher que no hacía caso a las sugerencias de sus clientes. Sentados en una de las cuatro mesas redondas dispuestas en una pequeña estancia permanentemente envuelta en la penumbra, comían sin rechistar lo que él les servía.

Una tarde de primavera, hace medio siglo, irrumpió en aquel entorno sombrío una pandilla de lo más abigarrada: tres muchachas y tres muchachos en compañía de sus progenitores y de una mujer rubia menuda y discreta. Según mi padre, el grupo se parecía a una bandada de colibríes que hubiera aterrizado por equivocación en medio de una colonia de gorriones. Chillaban y gritaban todos a la vez en inglés, neerlandés y español, sin reparar lo más mínimo en el revuelo que estaban armando.

Fue un día aciago para el dueño del restaurante.

Para gran alegría de quienes padecían a diario sus abusos, el cabeza de aquella familia portentosa le preguntó cómo se atrevía a llamar restaurante a semejante jaula de monos. Acto seguido añadió en tono conciliador: «Ello no quita que la comida pueda estar muy buena. No sería la primera vez que como de maravilla en un cuchitril».

Las tres muchachas lucían un vestido blanco y un gran sombrero de paja profusamente adornado con rosas. Acababan de llegar de Argentina y aún no les había dado tiempo a comprar un atuendo más apropiado para aquellas latitudes. Les agradaba comprobar que, pese a sus cómicos sombreros, causaban una honda impresión en los demás comensales.

Debían de ser muy guapas. Más tarde, muchos me describirían, entre suspiros, su espectacular belleza.

«Tenían el cabello oscuro y rizado, ojos de terciopelo marrón, una piel color marfil envejecido, la boca pequeña y roja como el coral sin necesidad de que la repasaran con la barra de labios...» Todos esos antiguos admiradores concluían su relato compadeciéndome: era una pena que yo hubiera salido a mi familia paterna.

Mi padre no tardó ni cinco minutos en adoptar una decisión drástica: o se casaba con la mayor de las muchachas o moriría.

Mientras los otros comensales disfrutaban del laconismo con que el progenitor de la joven expresaba su disgusto por el estado cochambroso del mantel y la pésima calidad de la comida, el bobo enamorado soñaba con ponerle una casa a su chica. Era demasiado tímido para acercarse a ella. Cuando llegó el momento de volver al trabajo, el amigo tuvo que sacarlo poco menos que a rastras del comedor. Mi padre se marchó sin saber ni cómo se llamaba su amada ni dónde vivía ni si volvería a verla.

Pasó sus horas libres apostado junto a la puerta del restaurante hasta que el cocinero se apiadó de él y le comentó que estaba perdiendo el tiempo, puesto que su jefe y el padre de aquella familia habían acabado enemistados. Al pagar la cuenta, el hombre había dicho: «He venido dos veces, la primera y la última». A modo de respuesta, el propietario les prohibió a él y a sus familiares el acceso a su establecimiento por los siglos de los siglos.

Una semana más tarde, mi padre coincidió con los colibríes en casa de su patrono, que le invitaba una vez al mes. Si por entonces hubiera sido capaz de mantener la cabeza fría, habría comprendido que aquella coincidencia entraba dentro de las posibilidades; sin embargo, en su estado se le antojaba un milagro. Fue el inicio de un año de abyecta esclavitud. Todas las semanas preguntaba a la muchacha si quería casarse con él, y ella le contestaba invariablemente que no. Los hermanos de la joven le hacían la vida imposible. La madre lo utilizaba como mozo de los recados y el padre lo retaba a jugar con él al ajedrez y a las damas, con el agravante de que se veía en la obligación de perder todas las partidas porque el padre era muy mal perdedor. La única persona que de veras se preocupaba por la suerte del desdichado pretendiente era la menuda mujer rubia, de la que conservaba un vago recuerdo de aquel fatídico primer encuentro. Se llamaba Rosalba y era la gobernanta de la casa. Al cabo de un año, Rosalba le aconsejó que se marchara, alegando que sus posibilidades eran nulas. Mi padre comprendió que se lo decía por su bien y le prometió que partiría a la mayor brevedad posible.

Dejó su trabajo, escribió una carta de despedida a la muchacha, le envió un recuerdo, hizo llegar un detalle al resto de la familia y se preparó para regresar a su país.

Unos días antes de la fecha prevista para el viaje recibió la visita del padre de la chica. El hombre le encontró en la cama, pálido e infeliz: saltaba a la vista que llevaba varias semanas sin apenas probar bocado ni pegar ojo. Le dijo que echaría en falta a su compañero de ajedrez y que no quería que se fuese sin que él le hubiera deseado en persona buen viaje y mucha suerte. Tras intercambiar unos cuantos cumplidos, guardaron silencio. En ese preciso instante, el hombre descubrió una postal de La ronda de noche en la mesilla, junto a la cama...

—Me la ha mandado mi hermano —suspiró el afligido pretendiente—. Puede leerla si quiere.

Entre sus allegados, el tío Salomon tenía fama de escribir demasiado y con demasiada erudición. En ese caso concreto, su letra diminuta y elegante expresaba con todo lujo de detalles la «abrumadora» impresión que le había causado el primer

contacto con aquel cuadro «divino»: «¡Fíjate en la maestría con la que el pintor proyecta la sombra de la mano del capitán Frans Banning Cocq sobre la túnica dorada de Willem van Ruytenburch, señor de Vlaardingen! Saludos, Salomon».

De camino a casa, el padre de la muchacha, sorprendido e impactado por el hecho de que pudiera existir un joven tan excéntrico como para escribir a su hermano en esos términos, fue incubando uno de esos célebres accesos de ira que tanto le enorgullecían por tratarse de un rasgo de familia.

Nada más entrar por la puerta, llamó a su hija. Con un puñetazo en la mesa le dijo que se casaría con el muchacho al que tantas veces había rechazado. Por las buenas o por las malas. Al viejo déspota le daba igual que hubiera comenzado el siglo de la emancipación de la mujer; es más, negaría su existencia hasta el último suspiro.

Esgrimió todas las armas que los padres de entonces gustaban de usar a su antojo por el bien de su prole. La hija se opuso, pero todos sus esfuerzos fueron vanos.

Una semana más tarde, los jóvenes se comprometieron. La boda se celebró poco después. No debió de ser un matrimonio más infeliz que otros muchos.

A los pocos años de nacer yo estalló la Primera Guerra Mundial. La familia al completo huyó a los Países Bajos. Después del conflicto, todos regresaron a casa, menos nosotros. Fue entonces cuando me enteré de que mi amiga del alma, Mili, y sus padres, el tío Wally y la tía Eva, no eran parientes nuestros. Ellos siempre habían vivido en Scheveningen, donde apenas quedaba nadie tras la salida masiva de los refugiados. Nosotros no pudimos volver porque mi padre, de origen alemán, aun siendo el miembro de la familia que más tiempo había residido en Bélgica y más apego tenía al país, se había olvidado de solicitar la nacionalidad, aunque eso no lo supe hasta mucho más tarde. Si bien me costó un poco hacerme a la idea de que Mili no era mi prima, fue un alivio descubrir que su abuelo no era mi abuelo. Le tenía miedo por mucho que se pareciera al gato con botas; era muy bajito y lucía un bigote al estilo del emperador Guillermo de Alemania. Nadie se explicaba el porqué de aquel mostacho. De hecho, bastaba que alguien mencionara en su presencia el nombre de aquel César malogrado para que el abuelo Harry estallase en cólera.

—Son los marcos —decía Mili como si estuviera hablando de un tipo de sarampión severo.

Los padres de mi amiga se mudaron a La Haya y convencieron a los míos para que siguieran su ejemplo. Al no encontrar trabajo, mi padre comenzó a hacer negocios por cuenta propia. Como no se fiaba de que aquello fuese a salir bien, alquiló un piso barato en uno de los barrios más concurridos y más feos de la ciudad para no incurrir en gastos que luego no podría sufragar.

Nuestro collie no supo adaptarse a la vida urbana. Tan pronto como se abría la puerta de la calle, se lanzaba al tráfico, por pura desesperación. Sufrió unos cuantos atropellos y, al final, mis padres decidieron venderlo. «Lo hacemos por su bien —me aseguraron—. No querrás que muera arrollado por un tranvía, ¿verdad?, pues eso es exactamente lo que le ocurrirá a este perro si sigue aquí con nosotros». Se lo llevó un hombre de Rijswijk. Al día siguiente estaba de vuelta, con un trozo de cuerda

mordida colgando del collar. Su nuevo dueño vino a buscarlo y le puso una sólida cadena de hierro. A raíz de esa segunda despedida, mucho más dura que la anterior, le cogí una manía absurda a la ciudad. En la escuela, mis compañeros de clase empezaron burlándose de mí y terminaron por ignorarme, lo cual me resultaba grato y me daba tranquilidad.

Mili, que iba dos cursos por detrás de mí, era todo lo contrario. Siempre salía de clase rodeada de un enjambre de niñas, ansiosa por contar lo bien que se lo había pasado y lo mucho que se había divertido. Tal vez habría puesto fin a nuestra amistad de no ser porque jugábamos a la señora Antonius y la señora Nielsen.

La señora Antonius —Mili— era la elegancia en persona. Tenía una hija impecable, Louise, y un esposo igual de impecable que había llegado a ministro. Mi marido, Nils Nielsen, era un pintor sueco. Debía su nacionalidad y su nombre a la profunda admiración que me inspiraba El maravilloso viaje de Nils Holgersson. Teníamos un hijo pequeño, Benjamino, un satanás con apariencia de niño.